

La noción de empatía en Freud: apuntes para una lectura crítica.

Fuentes Esparza, Mariela.

Cita:

Fuentes Esparza, Mariela (2025). *La noción de empatía en Freud: apuntes para una lectura crítica*. XVII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXII Jornadas de Investigación XXI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VII Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VII Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-004/333>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eNDN/k6z>

LA NOCIÓN DE EMPATÍA EN FREUD: APUNTES PARA UNA LECTURA CRÍTICA

Fuentes Esparza, Mariela

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

El presente trabajo se enmarca en la Investigación UBACyT: “Problemáticas acerca de la formulación de la voz y la mirada como objeto en psicoanálisis”. Indagaremos aquí los postulados freudianos sobre la noción de empatía, explorando en qué contextos teóricos y/o clínicos el autor la introdujo o la tomó. Sin pretender agotar el tema, y dada la extensión de este artículo, sostendremos el interrogante en torno a una noción ampliamente reiterada en la actualidad, en múltiples disciplinas y prácticas; incluyendo la clínica, la educación y la cultura. Esto nos permitirá justificar por qué dicho concepto, en tanto tal, no funciona como un operador para el psicoanálisis y su práctica. No obstante, creemos que resulta provechoso interrogarlo desde este marco, para pensar ciertas afirmaciones contemporáneas y, aunque Freud no desarrollara el concepto de empatía en términos sistemáticos, es posible rastrear en su obra cómo la noción se articula con otros conceptos centrales tales como: comicidad, desamparo e identificación. En este sentido, tomaremos en cuenta los antecedentes conceptuales del término —particularmente en la tradición filosófica y psicológica alemana— para situar la especificidad de su uso, como dijimos, en el marco del psicoanálisis freudiano.

Palabras clave

Empatía - Desamparo - Identificación - Comicidad

ABSTRACT

THE NOTION OF EMPATHY IN FREUD:
NOTES FOR A CRITICAL READING

This paper is part of the UBACyT Research Project: “Problems concerning the formulation of voice and gaze as objects in psychoanalysis.” Here we will explore Freud’s theoretical propositions regarding the notion of empathy, examining the theoretical and/or clinical contexts in which the author introduced or adopted the term. Without aiming to exhaust the topic—and given the length of this article—we will sustain the question surrounding a notion that is widely reiterated today across multiple disciplines and practices, including clinical work, education, and culture. This will allow us to justify why the concept, as such, does not operate as a valid tool within psychoanalytic theory and practice. Nevertheless, we believe it is productive to question it from this framework in order to reflect on certain contemporary claims. And although Freud did not develop the concept of empathy systematically, it is possible to trace in his

work how the notion is articulated with other central concepts such as: comic phenomena, helplessness, and identification. In this sense, we will consider the conceptual background of the term—particularly within the German philosophical and psychological tradition—in order to situate the specificity of its use, as stated, within the framework of Freudian psychoanalysis.

Keywords

Empathy - Helplessness - Identification - Comic effect

INTRODUCCIÓN

Nos parece pertinente indagar el tratamiento que hace Freud de la noción de *empatía* y examinar en qué contextos teóricos y clínicos la introduce para determinar cómo se articula con su concepción no solo de la práctica psicoanalítica sino también del aparato psíquico. De manera que, a partir de un enfoque crítico, interrogaremos una categoría ampliamente difundida en la actualidad en campos como la clínica, la educación y la cultura, para mostrar por qué no es un concepto con el que se opera en la práctica analítica. Al mismo tiempo, realizaremos una lectura que permita pensar desde la lógica del desamparo y la alteridad, dado que es común encontrar en el campo de la psicología referencias a la *empatía* como una condición en la relación entre psicólogo y paciente, entendida muchas veces como una forma de “identificación emocional”, “comprensión afectiva” o “sintomía intersubjetiva”.

En esta línea, Ocampo Alzate (2024) sostiene que “es importante decir que la preocupación por la empatía es un tema en auge y al cual las neurociencias, la psicología y las ciencias sociales han tratado de aproximarse recientemente” (p. 15). Para pensarlo, aunque de manera acotada, recuperaremos algunos textos freudianos en los que esta noción aparece o es considerada, particularmente con relación al chiste, la satisfacción, la indefensión, la pedagogía y la vida psíquica infantil; entre otras concepciones relevantes de la teoría.

ANTECEDENTES DEL CONCEPTO

Una referencia central es la obra del filósofo alemán Theodor Lipps (1851-1914), quien realizó una importante contribución al pensamiento psicológico con su teoría de la *Einfühlung* (empatía),

desarrollada en textos como *Grundlegung der Ästhetik* (Fundamentos de la estética) y *Grundtatsachen des Seelenlebens* (Hechos fundamentales de la vida psíquica). El autor definió la *empatía* como un proceso mediante el cual el sujeto proyecta sus propios sentimientos en un objeto o en otro sujeto, generando una identificación afectiva. Este enfoque tuvo gran influencia en la psicología alemana de fines del siglo XIX, así como en pensadores como Husserl y Weber (Montag, Gallinat y Heinz, 2008, traducción propia).

En efecto, la dimensión introspectiva de este enfoque también impactó en la fenomenología. Husserl plantea en sus *Meditaciones cartesianas* (1931) que el problema del otro (*Für-mich-da der Anderen*) es central para la constitución intersubjetiva. Según el autor, el otro se constituye desde la vivencia del yo, como un análogo subjetivo, aunque no reducible a una copia (Muñoz Pérez, 2017, p. 85).

Aunque el término *Einfühlung* fue acuñado por Robert Vischer en 1873, fue Theodor Lipps quien lo sistematizó, articulándolo con los aportes de Helmholtz sobre la percepción estética y las formas vivas. A comienzos del siglo XX, Edward Titchener tradujo *Einfühlung* al inglés como *empathy*, proponiendo una comprensión del fenómeno como participación afectiva en el estado emocional de otro (Montag, Gallinat y Heinz, 2008, traducción propia). Si bien no hay relación directa entre Titchener y Freud —dado que el autor no lo cita—, puede proponerse una correspondencia conceptual entre esta concepción temprana de la *empatía* y la noción freudiana de “infección psíquica” (*psychische Ansteckung*), desarrollada en artículos donde analiza el concepto de masas y de sugestión. Así mismo, esta articulación permite distinguir estos procesos de otros como identificación o transferencia.

Ahora bien, según algunas interpretaciones contemporáneas, la traducción del vocablo alemán *Einfühlung* como *empatía* remite a la raíz griega *empathēia*, entendida como “emocionado” o “afectado por”. A partir de su estructura (*Ein*, ‘uno’), se ha propuesto también una lectura que aproxima este término a experiencias como la propiocepción o la endopatía, es decir, el sentirse uno a sí mismo (Ocampo Alzate, 2024, p. 31).

El concepto de *Einfühlung*, tradicionalmente entendido como “sentirse uno mismo en el otro”, ha sido problematizado por diversos autores. Max Scheler, por ejemplo, se distancia de dicho término por considerar que no capta adecuadamente el carácter relacional del fenómeno empático, y propone reemplazarlo por el vocablo griego *sympatheia*, que implica “sentir con el otro”. Esta distinción no es meramente terminológica, sino que señala un cambio en la concepción del afecto: mientras *Einfühlung* puede interpretarse como una proyección del propio sentir en el otro, *sympatheia* subraya la co-afectación entre sujetos. En ambos términos se hace presente la raíz griega *pathos*, asociada a experiencias emocionales o pasionales, como el padecimiento o la conmoción compartida (Muñoz Pérez, 2017, pp. 82–83).

La *empatía*, entonces, implica un *pathos*, un estar afectado, ya sea por la semejanza o por la ajenidad del otro —una cuestión que retomaremos al abordar el *Proyecto de psicología* (1895). En este sentido, puede concebirse como un doble movimiento: un sentir “desde sí” y un sentir “hacia el otro”, que articula un espacio afectivo compartido. Una de las formas en que el psicoanálisis se distancia de esta concepción es a través del concepto de transferencia, tal como Freud lo presenta en *Sobre la iniciación del tratamiento* (1913).

FREUD Y LIPPS: EMPATÍA Y LO CÓMICO

Revisemos ahora la noción de *empatía* a la luz de la teorización que hace Freud en *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905), para pensar un modo particular de comicidad que no proviene de la persona que ríe, sino del efecto que otro produce sobre ella. Así, lo cómico puede surgir no por acción propia, sino por observar al otro y, de algún modo, acordar con sus gestos o pensamientos. Dice Freud en ese texto: “la comicidad descansa por entero en una «empatía», comprende el mayor número de posibilidades: la comicidad de situación, de exageración (caricatura), de imitación, de rebajamiento y desenmascaramiento” (p. 214). Señala también que se puede volver cómico a otro “trasladándolo a situaciones en que, a consecuencia de la humana dependencia de circunstancias exteriores, en particular factores sociales, uno se vuelve cómico (...) esto corresponde al “aprovechamiento de la comicidad de situación” (p. 189).

Así, el humor por *empatía* apela a lo infantil reprimido en el adulto, lo cual se reactiva en forma de placer cómico: “la comicidad de situación actúa por repeticiones, se apoya sobre el placer, peculiar del niño, en la repetición continuada (de preguntas, relato de historias), que lo vuelve importuno para el adulto” (p. 214). Es notable que aquí Freud señala lo que queda ligado a la falta de medida, donde

“la exageración (...) se entrama con la peculiar carencia de sentido de la medida en el niño, su ignorancia de todo nexo cuantitativo, que llega a conocer más tarde que a los cualitativos. (...) Toda vez que esa urdimbre se debilita, en lo inconsciente del sueño, en el monoteísmo de las psiconeurosis, sale al primer plano la falta de medida del niño” (p. 214).

Es evidente que los desarrollos de Lipps no pasaron desapercibidos para Freud.

En el texto mencionado, donde teoriza a propósito de la economía del gasto psíquico en el fenómeno de lo cómico, menciona expresamente su influencia, refiriéndose a “un libro suyo que ya hemos citado repetidas veces” (p. 189). Y, aunque retoma parte de sus ideas, la distancia crítica —al ampliar la teoría energética de la risa más allá del mecanismo de la *empatía*— es evidente.

En su estudio sobre lo cómico, Freud introduce el concepto de *empatía* como un mecanismo clave para comprender el origen del placer cómico. La risa, según él, surge a partir de una comparación de gastos psíquicos entre el yo y el otro. Esta diferencia puede manifestarse de dos modos: o bien el otro invierte más energía de la necesaria (como en lo cómico del movimiento), o bien menos energía de la esperada (como en lo cómico del pensamiento o del carácter). La *empatía* permite realizar a una lectura de la economía de gasto psíquico.

Freud afirma:

“Parece entonces que para el efecto cómico solo importa la diferencia* {Aquí y en todo el resto de la obra se emplea en este contexto la palabra alemana «*Differenz*», en lugar de la habitual «*Unterschied*». Aquella es utilizada en matemática y apunta más a una diferencia cuantitativa que cualitativa} entre los dos gastos de investidura —el de la «*empatía*» y el del yo—, y no el sentido de esa diferencia” (pp. 185-186).

Esta comparación energética es lo que da lugar al efecto cómico. Y añade una distinción importante: “Solo podemos hallar cómico este defecto del ser humano en el caso de la *empatía*, vale decir, en el otro, mientras que nosotros mismos en estos y parecidos embarazos solo devendríamos conscientes de unos sentimientos penosos” (p. 187). Esto implica que el mecanismo *empático* también delimita quién puede ser objeto de la comicidad: solo el otro puede volverse cómico por esta vía, nunca el yo mismo, que solo experimentaría displacer.

Para Freud, la *empatía* no es solo identificación afectiva, sino una función de estimación energética en el psiquismo que remite a la economía y que permite comparar gastos psíquicos y detectar desajustes entre lo esperado y lo efectivamente hallado, haciendo surgir el placer de lo cómico.

Por su parte, Lipps desarrolla el concepto de *empatía* (*Einfühlung*) dentro de una tradición estética y fenomenológica. Para él, la *empatía* es la proyección de los propios sentimientos en el objeto, ya sea una persona, una figura o una obra de arte. En el caso del chiste o lo cómico, Lipps —siguiendo una formulación kantiana— considera que: “Lo cómico es una expectativa pulverizada” (p. 189). Freud lo cita y resume: Lipps “ha intentado, desarrollando la tesis de Kant según la cual ‘lo cómico es una expectativa pulverizada’, derivar el placer cómico enteramente de la expectativa” (p. 189).

Si bien Freud reconoce aportes valiosos en la teoría de Lipps, señala un límite central: “Lipps ha concebido demasiado estrecho el ámbito en que se origina lo cómico y no pudo someter sus fenómenos a esa fórmula sin forzar grandemente las cosas” (p. 189). Esto implica que, para Freud, la teoría de la expectativa es insuficiente para explicar toda la variedad de fenómenos cómicos. En su lugar, propone un modelo más amplio, donde la *empatía* funciona como vía de acceso al cálculo económico del gasto

psíquico, ya sea en el otro (lo cómico social) o incluso en uno mismo (expectativas frustradas).

Empatía y desamparo: *pathos* en el niño y la respuesta del otro
Como hemos comentado, Freud extiende la noción de *empatía* a la identificación con lo infantil, señalando que ciertas formas de comicidad —como la exageración, la repetición o la pérdida de medida— producen risa porque evocan el funcionamiento psíquico infantil, al cual el adulto reconoce como propio, aunque superado.

Así es como “la comicidad de situación se funda las más de las veces en embarazos en que reencontramos el desamparo del niño” (p. 214).

Retomaremos esto para pensar lo que dice en la *Conferencia 32. Angustia y vida pulsional* (1933 [1932]) respecto del desamparo social que, “junto con los problemas desenvueltos a partir del sentimiento inconsciente de culpa, sus nexos con la moral, la pedagogía, la criminalidad, constituyen hoy el campo de trabajo predilecto de los psicoanalistas” (p. 102).

Si tomamos el *Proyecto de psicología* (1950 [1895]) encontramos que Freud describe una situación de desvalimiento o desamparo infantil (*Hilflosigkeit*) como un punto de partida fundamental para pensar la constitución subjetiva y el lazo con el semejante.

Dado que el organismo humano es inicialmente incapaz de producir por sí mismo la acción específica que apacigüe el estímulo endógeno (hambre, tensión), el auxilio ajeno se vuelve condición necesaria. Este “individuo experimentado advierte el estado del niño” (p. 362) y permite una descarga eficaz que da lugar a la cancelación del estímulo y genera esa particular “vivencia de satisfacción” con consecuencias estructurantes: la facilitación entre la percepción del objeto y el estado de tensión. Dice Freud: “El todo constituye entonces una vivencia de satisfacción, que tiene las más hondas consecuencias para el desarrollo de las funciones en el individuo” (p. 363).

Así, el llanto, en tanto expresión emocional, funciona no solo como descarga y una vía de alivio —siempre parcial—, sino también y fundamentalmente, como una señal de llamado al otro: una forma originaria de comunicación o entendimiento (*Verständigung*). Lo que Freud llama “función secundaria, importante en extremo, del entendimiento” (pp. 362-363).

En esta constitución temprana del vínculo, sitúa “el inicial desvalimiento del ser humano [que] es la fuente primordial de todos los motivos morales” (p. 363).

Así, conceptos como cuidado y responsabilidad se anudan desde el comienzo al modo en que el sujeto es afectado, leído y sostenido por otro semejante que, en tanto respuesta ética se enraíza en esta matriz primera, donde el *pathos* del niño se vuelve legible para un otro que cuida.

Así es como la conciencia nos da cualidades, “que son algo otro {anders sind} dentro de una gran diversidad y cuya alteridad {Anders} es distinguida según nexos con el mundo exterior”

(p. 352). Esa “diversidad” —{Mannigfaltigkeit} que remite al concepto kantiano— permite pensar que lo cualitativo, lo que “se siente” en tanto otro, es el primer modo de inscripción del afecto. Por eso Freud puede escribir, aún sin nombrarlo: «eso ahí, eso otro» (Freud, 1999a, p. 102).

VARIACIÓN Y APLICACIÓN DE LA NOCIÓN DE EMPATÍA

Freud analiza el relato de Wilhelm Jensen para mostrar cómo se puede abordar un delirio no desde la perspectiva de la psiquiatría o de la medicina, sino a partir de la singularidad de la vida anímica del sujeto. Es en este contexto: *El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen* (1907 [1906]) que *empatía* (*Einfühlung*) aparece no como concepto clínico ni como noción de la práctica psicoanalítica, sino como un recurso narrativo que el poeta emplea para acercar al lector a las vivencias del protagonista. Dice Freud:

“Él quiere aproximarnos a su héroe, facilitarnos la «empatía»; con el diagnóstico de dégénére, se lo pueda o no justificar científicamente, el joven arqueólogo sería de súbito lanzado lejos de nosotros; en efecto, nosotros, los lectores, somos los hombres normales y la medida de la humanidad” (p. 38).

Señala así que un diagnóstico psiquiátrico obstaculizaría la posibilidad de *empatía*, pues separaría al lector “normal” del personaje “patológico”. De esta manera, el poeta logra que nos acerquemos a Hanold: el protagonista, mostrándonos la génesis de su delirio que remite a una escena infantil reprimida con contenido erótico.

Freud describe así la función del delirio como modo de retorno de lo infantil:

“En ese apego, esa unión de ternura y agresión, se exterioriza el erotismo inmaduro de la vida infantil, que solo con acción retardada {nachträglich} exterioriza sus efectos, pero entonces de una manera irresistible; y en la infancia misma solo el médico o el poeta suelen discernirlo como tal erotismo” (p. 39).

Como dijimos, Freud no emplea la noción de *empatía* para referirse a la técnica empleada para el análisis, sino que, atribuyéndosela a la habilidad del poeta y a su narrativa, el lector puede acercarse a la vida anímica del personaje. Por eso dice que el poeta “quiere aproximarnos a su héroe, facilitarnos la empatía” (p. 38), mientras que el diagnóstico nos alejaría de él.

En esta misma línea, en *Historia de una neurosis infantil. Recapitulación y problemas* (1918 [1914]) Freud acentúa la diferencia entre la *empatía* como fenómeno psicológico y lo que supone al método psicoanalítico como tal. Explica cómo

“ciertas peculiaridades personales, un carácter nacional ajeno al nuestro, volvieron trabajosa la *empatía* {Einfühlung}. La divergencia entre la amable y solícita personalidad del paciente, su aguda inteligencia, sus nobles ideas, por un lado, y su vida pulsional enteramente indomeñada, por el otro, hizo necesario un prolongadísimo trabajo de preparación y educación que dificultó la visión panorámica” (p. 95).

De este modo, señala el obstáculo que representa una diferencia cultural —y de carácter— para el establecimiento de la *empatía*, subrayando que ésta no permite el acceso a lo inconsciente ni a la comprensión profunda del caso.

Tomemos ahora la noción de *empatía* en *Sobre la iniciación del tratamiento* (1913) para marcar el distanciamiento tanto de los conceptos, como de la práctica psicoanalítica.

En este texto técnico, Freud se refiere al inicio del trabajo analítico, específicamente al momento adecuado para comenzar a comunicar interpretaciones al paciente. Allí introduce la noción de *empatía* de manera puntual y crítica, subrayando que el analista debe abstenerse de intervenir prematuramente, y que una actitud *empática* inicial puede favorecer el establecimiento de la transferencia, siempre y cuando no se confunda con una actitud moralizante o normativa. Lo expresa del siguiente modo:

“Ahora bien, mientras las comunicaciones y ocurrencias del paciente afluyan sin detención, no hay que tocar el tema de la *transferencia* (las itálicas son del texto). Es preciso aguardar para este, el más espinoso de todos los procedimientos, hasta que la *transferencia* haya devenido resistencia” (p. 140).

Y respecto al momento adecuado para comunicar las interpretaciones, dice:

“No antes de que se haya establecido en el paciente una *transferencia* operativa, un *rapport* en regla. La primera meta del tratamiento sigue siendo allegarlo a este y a la persona del médico. Para ello no hace falta más que darle tiempo” (p. 140).

Aquí la noción de *empatía*, opuesta al juicio moral, queda ligada a la posibilidad de que se constituya la transferencia: “uno puede malgastar este primer éxito si desde el comienzo se sitúa en un punto de vista que no sea el de la *empatía* —un punto de vista moralizante, por ejemplo— o si se comporta como subrogante o mandatario de una parte interesada” (p. 140).

Así advierte sobre los peligros que las intervenciones precipitadas basadas en un saber ya constituido pueden producir—aun cuando el analista sea capaz de reconocer las formaciones del inconsciente—, dado que “a un analista ejercitado no le resultará difícil escuchar nitidamente audibles los deseos retenidos de un enfermo ya en sus quejas” (p. 141), pero, de hacerlo “el efecto

terapéutico será en principio nulo, y definitiva la intimidación ante el análisis" (p. 141).

De este modo indica con la noción de *empatía* una disposición inicial del analista a no intervenir apresuradamente, ni a forzar una dirección; permitiendo anticipar lo que entendemos como entrevistas preliminares y apuntando a evitar el juicio moral para facilitar el surgimiento de la transferencia.

De acuerdo con esto, en la *Introducción a Oscar Pfister. Die Psychanalytische Methode* (1913) —un texto que podríamos calificar de pedagógico—, dado que está dirigido a un educador protestante interesado en el psicoanálisis, Freud se pronuncia sobre la posibilidad de que personas no médicas: educadores o pastores “de almas” puedan aplicar el método analítico.

En este contexto menciona la *empatía* (*Einfühlung*) como una cualidad deseable en el educador, sin elevarla al rango de categoría técnica. Escribe:

“El ejercicio del psicoanálisis exige mucho menos una instrucción médica que una preparación psicológica y una libre visión humana; por lo demás, la mayoría de los médicos no están capacitados para el ejercicio del psicoanálisis y han fracasado por completo en la apreciación de este procedimiento terapéutico” (p. 352).

Y en relación a los educadores o pastores, destaca: “Su trato habitual con los jóvenes tal vez los vuelva todavía más idóneos para la empatía de su vida anímica” (pp. 352-353).

Freud reconoce que tareas como las que el educador lleva adelante pueden facilitar una disposición *empática* hacia los otros y que esto puede ser una ventaja para quienes trabajan con niños o jóvenes; pero no lo que respecta al marco teórico-técnico del psicoanálisis, donde lo decisivo es la formación del analista y su posición ética.

En el mismo año, en *El interés por el psicoanálisis* (1913) indica: “solo puede ser educador quien es capaz de compenetrarse por empatía con el alma infantil, y nosotros los adultos no comprendemos a los niños porque hemos dejado de comprender nuestra propia infancia” (p. 191). Con esta frase se refuerza el argumento que Freud desarrolla en *Introducción a Oscar Pfister* sobre la relación que guarda la *empatía* y la idea de comprensión (del psiquismo infantil), opuesta a la práctica del psicoanálisis dado que

“el psicoanálisis ha descubierto los deseos, formaciones de pensamiento y procesos de desarrollo de la niñez (...). La educación debería poner un cuidado extremo en no cegar estas preciosas fuentes de fuerza y limitarse a promover los procesos por los cuales esas energías pueden guiarse hacia el buen camino” (p. 191).

EMPATÍA E IDENTIFICACIÓN: DIFERENCIAS

Resulta ineludible la mención que encontramos en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) sobre la noción de *empatía*, tomando un caso de formación de síntoma donde, si

“una muchacha recibió en el pensionado una carta de su amado secreto, la carta despertó sus celos y ella reaccionó con un ataque histérico, algunas de sus amigas, que saben del asunto, pescarán este ataque, como suele decirse, por la vía de la infección psíquica. El mecanismo es el de la identificación sobre la base de poder o querer ponerse en la misma situación. Las otras querrían tener también una relación secreta, y bajo el influjo del sentimiento de culpa aceptan también el sufrimiento aparejado” (p. 101).

Freud así toma distancia explícita del concepto como vía de comprensión entre individuos dado que “sería erróneo afirmar que se apropian del síntoma por empatía. Al contrario, la empatía nace solo de la identificación” (p. 101). Y luego aclara:

“nos enfrentamos con el proceso que la psicología llama «empatía» [*Einfühlung*] que desempeña la parte principal en nuestra comprensión del yo ajeno, el de las otras personas. Pero aquí nos ceñiremos a las consecuencias afectivas inmediatas de la identificación” (p. 102).

Freud indica cómo la identificación es un proceso que le interesa describir y no así el de la *empatía* que supone solo una coincidencia afectiva.

En *Duelo y melancolía* (1917 [1915]) sobre la identificación señala que es “la etapa previa de la elección de objeto y es el primer modo, ambivalente en su expresión, como el yo distingue a un objeto” (p. 247). Esta idea se opone a la concepción humanista o pedagógica de la *empatía* como facultad comprensiva.

Tomaremos, para terminar esta —acotada— investigación sobre la noción de *empatía* y sus implicancias en la teoría psicoanalítica, la diferencia que plantea Freud al observar las presentaciones de las neurosis histéricas y de las neurosis obsesivas.

En *A propósito de un caso de neurosis obsesiva* (1909) señala que

“el medio por el cual la neurosis obsesiva expresa sus pensamientos secretos, el lenguaje de la neurosis obsesiva, es por así decir solo un dialecto del lenguaje histérico, pero uno respecto del cual se debería conseguir más fácil la empatía, pues se emparenta más que el dialecto histérico con la expresión de nuestro pensar conciente. Sobre todo, no contiene aquel salto de lo anímico a la inervación somática —la conversión histérica— que nunca podemos nosotros acompañar conceptualmente” (p. 124).

Aunque este “dialecto” obsesivo parece más próximo al pensamiento consciente —y por tanto más accesible a la *empatía* en tanto comprensión intuitiva—, Freud advierte que resulta, sin embargo, más difícil de analizar que la histeria.

En este punto, la *empatía* (Einfühlung) queda situada como una capacidad psicológica de aprehensión inmediata del otro que resulta inadecuada para el tratamiento del inconsciente.

Por lo tanto, en la práctica analítica, el lugar de la *empatía* no puede confundirse con el de la interpretación: el psicoanálisis no se orienta por la identificación emocional ni por la cercanía con el relato del paciente, sino por una escucha que requiere de la alteridad como condición. En este pasaje podemos observar la diferencia esencial entre la *empatía* como fenómeno psicológico y la transferencia como operador clínico en la experiencia analítica.

A MODO DE CONCLUSIONES

Freud retoma la noción de *empatía* para abordar una modalidad específica de lo cómico, donde la risa no surge de la acción propia, sino del impacto que otro genera sobre la persona.

En esta experiencia, la tonalidad anímica, gestual o expresiva del otro provoca una respuesta involuntaria y una descarga sin control consciente en quien lo vivencia.

Este mecanismo se amplía cuando Freud vincula lo cómico con la identificación a lo infantil: recursos como la exageración, la repetición o la desmesura provocan risa al evocar formas psíquicas arcaicas que el adulto reconoce como propias, aunque superadas. De ahí que afirme: “la comicidad de situación se funda las más de las veces en embarazos en que reencontramos el desamparo del niño” (Freud, 1989, p. 214).

Esta lectura permite enlazar la *empatía* con una disposición hacia el otro, fundada en el reconocimiento de un desamparo originario sostenido por la alteridad.

En el *Proyecto de psicología* (1895), Freud ubica en esta escena inaugural la matriz de la vivencia de satisfacción, donde la respuesta eficaz del otro —al percibir la alteración “interior” del niño— produce una descarga que estructura el vínculo y deja una marca en la particular forma de «memoria» del aparato psíquico.

Esa escena funda no solo la economía del deseo, sino también un entendimiento en el que la *empatía* puede pensarse como respuesta ante la indefensión. El desvalimiento no es solo una fase que requiere de un otro experimentado, sino que es el trasfondo estructural desde el cual emerge la necesidad de ese otro de los primeros cuidados, inscripto como figura de auxilio, con influencias en los dominios de la ética, lo pedagógico y lo social. En la *Conferencia 34* (1933), Freud vincula la labor educativa con la elaboración del desamparo y sus consecuencias sociales, morales y clínicas, aunque advierte sobre los límites del psicoanálisis como intervención pedagógica. Esta posición ética delimita el campo del analista respecto de lo social, sin renunciar

a la transmisión de una escucha que puede tener efectos pedagógicos indirectos.

Así, el recorrido freudiano permite articular la *empatía* con una teoría del desamparo, cuyo correlato es la necesidad estructural del otro en la constitución del lazo y de las funciones psíquicas. Esta experiencia inaugural instaura la dimensión de la comunicación como vía de descarga y de significación, constituyendo también el germen de lo social, concretamente, de lo humano.

Lejos de un mero reconocimiento afectivo, la *empatía* aparece en Freud como una configuración compleja en la que se articulan la descarga psíquica, con la identificación y el desamparo y la inscripción del auxilio ajeno como base de la moral y del vínculo social.

Freud afirma que “la sensación interna nos permite conjeturar la existencia, dentro, de una cosa” (Freud, 1999a, p. 101) y que así lo “«inconsciente» pasó a ser una cualidad”. Esto redefine el modo en que lo inconsciente “se experimenta”, antes incluso de representarse, lo cual, abre la lectura a pensar de qué inconsciente se trata: evidentemente no remite a que “todo lo reprimido es inconsciente [sino, más bien a que] no de todo lo inconsciente podemos aseverar que está reprimido” (Freud, 1999b, p. 41).

Esa cualidad se inscribe como primer registro del displacer, inseparable del campo de la indefensión: “eso otro es cualitativo porque se proyecta en la conciencia en la serie placerdis-placer. Pero —y en esto radica la novedad— es cualitativo-cuantitativo: se lo siente como algo que esfuerza, como algo intenso; y la cantidad intensiva se sitúa en el punto de tránsito a la cualidad (a diferencia de una cantidad extensiva)” (Freud, 1999a, p. 102). La pregnancia afectiva de ese “esfuerzo” muestra que el aparato no solo responde como defensa, sino que esa alteridad lo constituye. En términos de percepción interna, eso otro “tiene que ser percibido como si fuera una cosa del mundo externo, que somos nosotros mismos, o de la cual somos la continuación” (p. 102). A diferencia de los sentidos que adquiere hoy la noción de *empatía*, centrados en la identificación emocional, Freud la vincula con una lógica del lazo fundada en el auxilio, la alteridad y la economía del aparato psíquico.

Allí se sitúa nuestra responsabilidad: en sostener esa alteridad que insiste en la operación de un analista.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1999a). *Sobre la versión castellana*. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1998a). *Proyecto de psicología* (1950 [1895]). En *Obras completas*, Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1989). *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905). En *Obras completas*, Tomo VIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1999b). *El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen* (1907 [1906]). En *Obras completas*, Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1998b). *A propósito de un caso de neurosis obsesiva* (1909). En *Obras completas*, Tomo X. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1998c). *Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis I)*. (1913). En *Obras completas*, Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1998d). *Introducción a Oscar Pfister. Die Psychanalytische Methode* (1913). En *Obras completas*, Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1997a). *El interés por el psicoanálisis* (1913). En *Obras completas*, Tomo XIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1998e). *Duelo y melancolía* (1917 [1915]). En *Obras completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1997b). *De la historia de una neurosis infantil* (1918 [1914]). En *Obras completas*, Tomo XVII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1997c). *Psicología de las masas y análisis del yo* (1920). En *Obras completas*, Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1997d). *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933 [1932]). 32° conferencia: Angustia y vida pulsional. En *Obras completas*, Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Goldberg, A. (2012). *La presencia perdurable de Heinz Kohut: la empatía y sus vicisitudes*. *Aperturas Psicoanalíticas*, 41, 289-312. <https://aperturas.org/articulo.php?articulo=0000759&a=La-presencia-perdurable-de-Heinz-Kohut-la-empatia-y-sus-vicisitudes>
- Ocampo Alzate, B. (2024). *Estudios sobre la empatía e intersubjetividad: una revisión de la obra de Edmund Husserl* [Archivo PDF]. Universidad Nacional Abierta y a Distancia. <https://repository.unad.edu.co/bitstream/handle/10596/67278/bocampoal%20.pdf?sequence=3&isAllowed=y>
- Montag, C., Gallinat, J., & Heinz, A. (2008). *Theodor Lipps and the concept of empathy: 1851-1914*. *American Journal of Psychiatry*, 165(10). 1261. <https://psychiatryonline.org/doi/10.1176/appi.ajp.2008.07081283>
- Muñoz Pérez, E. V. (2017). *El concepto de empatía (Einfühlung) en Max Scheler y Edith Stein: sus alcances religiosos y políticos*. *Veritas. Revista de Filosofía y Teología*, (38). 77-95. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=291153712004>
- Scheler, M. (1957). *La esencia y las formas de la simpatía* (José Gaos, Trad.). Editorial Losada, 3° edición Scheler, M. (1957). *La esencia y las formas de la simpatía* (J. Gaos, Trad.; 3.ª ed.). Buenos Aires: Editorial Losada. https://www.academia.edu/32629800/ESENCIA_Y_FORMAS_DE_LA_SIMPAT%C3%8DA